Os Reinos Ibéricos na Idade Média

Livro de Homenagem ao Professor Doutor Humberto Carlos Baquero Moreno

Coordenação de

Luís Adão da Fonseca
Luís Carlos Amaral
Maria Fernanda Ferreira Santos

Vol. II

editora Civilização

FICHA TÉCNICA

Obra publicada ao abrigo do Protocolo de Colaboração entre a Faculdade de Letras
da Universidade do Porto e a Livraria Civilização

Copyright © 2003 Livraria Civilização Editora

Todos os direitos reservados
1.ª edição / Setembro 2003

Fotocomposição e paginação electrónica,
impressão e acabamentos efectuados na
Companhia Editora do Minho, S. A. – Barcelos,
para Livraria Civilização Editora no mês de Maio de 2003

Depósito Legal n.° 196233/03

ISBN da colecção: 972-26-2060-6
ISBN do Vol. II: 972-26-2135-1

Livraria Civilização Editora
R. Alberto Aires de Gouveia, 27
4050-023 Porto

civil@mail.telepac.pt

Ilustração da Capa: conjunto de escudos de armas do Livro do Armeiro-Mor
(séc. XVI), IAN/TT, Lisboa

Tendo em conta a grande diversidade de normas de citação
bibliográfica utilizadas pelos autores nacionais e estrangeiros, e
apesar dos esforços do grupo de coordenação no sentido de promover
a uniformização das mesmas, foi decidido respeitar-se
integralmente as opções tomadas pelos autores.
Os coordenadores aproveitam, também, para agradecer toda a generosa
colaboração dada pelas Dras. Maria Idalina Azeredo Rodrigues e
Maria Ondina do Carmo, funcionárias do Departamento de
História da Faculdade de Letras da Universidade do Porto, na
preparação do presente Livro de Homenagem.

Las excelencias del número Cuatro. Alabanza excesiva del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada o erudición de Diego *García* de Campos

José-Luis Martín

Quatuor es la palabra inicial de la carta dirigida por Diego García de Campos al arzobispo toledano Rodrigo Jiménez de Rada como prólogo y dedicatoria de la obra *Planeta,* cuyos siete libros o capítulos están dedicados a Cristo Rey (los tres primeros), a la Virgen, a los ángeles con mención especial de San Miguel, al alma y al nombre de Jesús, y el séptimo a la paz. Tras el prólogo, se incluye una primera carta de agradecimiento del arzobispo toledano, que se ve obligado a escribir por segunda vez en respuesta a una nueva dedicatoria de Diego García de Campos[1].

Las dedicatorias al arzobispo toledano dicen así:

> *Al prelado de los nobles y al más noble de los prelados, Rodrigo, por la providencia divina metropolitano de la sede toledana, primado de las Españas. Su devoto clérigo Diego, canciller del rey de Castilla: como las vasijas al ceramista, como el río a la fuente, como la planta anhela al cultivador* (p.155),
> *Al señor singular, su padre y patrono Rodrigo, por la providencia divina arzobispo de la sede toledana, primado de las Españas, legado de la sede apostólica, su devoto clérigo Diego, canciller del rey de Castilla: a sí mismo si a alguien es posible dar lo suyo* (p. 208).

En nada desmerecen de las anteriores las respuestas del arzobispo:

> *Rodrigo, por la gracia de Dios arzobispo de la sede toledana y primado de las Españas, a su dilecto hijo Diego, canciller del aula regia. Salud y la gracia de la bendición del sumo pontífice que ascendió a los cielos,* en el primer caso (pág. 205) y *Rodrigo, indignamente llamado obispo déla cátedra toledana, a Diego, canciller del aula real. Llegar a a la sabiduría a través del estudio del conocimiento* (pág. 463).

Quatuor, quadraturam, quadrigarum, quadruplex, quater, quadraginta, quaternarium, quarto, quadringentas, quadri, quadrato, conquadrata, quadragessima, conquadrare, quatordecim, quaternionibus, tetragramaton, aparecen cerca de cien veces en los folios lr.-v y 2r. como prueba irrefutable de que el *cuatro* "iguala o supera a todos los demás números sagrados o perfectos": cuatro son los elementos que forman la materia, cuatro las partes del mundo, cuatro los tiempos del año, cuatro los ríos nacidos en el paraíso, cuatro tipos hay de animales con plumas, cuatro son los evangelios, cuatro los climas, y cuatro las ruedas sobre las que se desplaza la Sagrada Escritura: historial, moral, alegórica y anagógica.

A este cuádruple riego espiritual aspiraba Jacob que tuvo tres veces cuatro hijos o cuatro veces tres hijos e impartió cuatro bendiciones tres veces; Moisés ayunó no cuatro sino diez veces cuatro días; Elias se alimentó con un solo pan durante cuarenta días; David puso en cuarto lugar, entre los penitenciales, el salmo *Miserere mei Deus,* y entre los salmos espirituales el *Deus in*

---

[1] La obra ha sido editada en su versión original latina y estudiada por Manuel Alonso, *Diego García natural de Campos. Planeta,* Madrid 1943.

nomine tuo. Los profetas son cuatro veces cuatro, dieciséis, y de ellos cuatro son los mayores; al cuatro aspiraba quien escribió cuatro veces *Reverteré, reverteré sulamitis, reverteré, reverteré, ut intueamur te* (Cantar de los Cantares 6, 12); y por el cuatro suspiraba Simeón, que en tan sólo cuatro versículos cantó su deseo[2]; del cuatro se hace eco san Pablo, que menciona a Cristo en sus epístolas no cuatro ni cuarenta sino cuatrocientas veces; Ana, hija de Fanuel, a los ochenta y cuatro años -cuatro veces veinte más cuatro- profetizó al Señor...3

Salomón hizo cuadrado su templo y sus cuatro paredes son símbolo de las cuatro virtudes principales; David busca el consuelo en cuatro acciones: *Expecta* dominum, viriliter *age* et *confortetur* cor tuum, *sustine* dominum (Salmos, 26, 14) y presenta a Dios como *firmamentum meum, etfortitudo mea, et refugium meum, et liberator meus* (Salmos, 17, 3); Cristo ayunó cuarenta días, manda a los fieles ayunar en Cuaresma - cuarenta días —, paga a quienes le siguen con medida cuatro veces notable: *bonam et confertam et coagitatam et superffluentem* (Lucas, 6, 38), y acompaña la consagración de su cuerpo, el día de la última Cena, con cuatro verbos: *"accepit* panem, *benedixit, fregit deditque* discipulis suis" como recuerda el canon de la misa; de la misma forma que cuatro verbos recuerdan la consagración y el nombre de Jesucristo está formado por cuatro sílabas, la naturaleza de Dios se expresa en cuatro cláusulas: *In principio erat Verbum. Et verbum erat apudDeum. EtDeus erat verbum. Hoc erat in principio apudDeum* (Evangelio de San Juan, 1, 1-2).

El microcosmos, el hombre, tiene cuatro humores, uno por cada uno de los elementos del macrocosmos: la cólera por el fuego, la sangre por el aire, la flema por el agua, la melancolía por la tierra, y se parece al macrocosmos no sólo en la materia sino también en la forma: con los brazos extendidos recuerda las cuatro partes del mundo: la cabeza es oriente, los pies occidente, el brazo derecho el septentrión, el izquierdo el austral. Cuatro son las virtudes que ha de practicar, y llega a la felicidad eterna meditando, hablando, obrando y perseverando en ellas, lo que le permitirá mantener su cuerpo claro, sutil, ágil e incorrupto, con la ayuda de la Iglesia que cada día recuerda cuatro evangelios: en los Maitines el cántico de Zacarías, en la Misa el de algún evangelista, en las Vísperas el de la Virgen y en las Completas el de Simeón. Nada tiene de extraño que el hombre anhele, llore, aspire y suspire por el cuádruple riego espiritual cuyo origen son los cuatro brazos de la cruz y las cuatro heridas que Cristo recibió en vida para redimirnos: por la quinta herida que le fue causada después de muerto nos redimió de la muerte eterna.

Las virtudes del cuatro se extienden a sus múltiplos y derivados: catorce, cuarenta, cuatrocientos, cuatro mil. Cuatro es la raíz y cuatro son los elementos; catorce - *tres quater denas* - es el número de las genealogías de Cristo[4], y catorce las epístolas de Pablo. Cuarenta es el segundo derivado de cuatro y cuarenta días ayunó Cristo; tras cuatrocientos años de cautiverio fue liberado el pueblo de Dios, y Pablo nombró a Cristo cerca de cuatrocientas veces en sus epístolas; cuatro mil es el cuarto derivado de cuatro, y cuatro mil hombres fueron alimentados por Cristo con cinco panes y dos peces^ y si se buscan nuevos derivados de cuatro baste recordar

---

[2] Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo
en paz, según tu palabra
porque han visto mis ojos tu salud,
la que has preparado ante la faz de todos los pueblos;
luz para iluminación de las gentes y gloria de tu pueblo, Israel *(Lucas,* 2, 29-32).

3 *Lucas,* 2, 37-38.

4 "Son, pues, catorce las generaciones desder Abraham hasta David, catorce desde David hasta la cautividad de Babilonia y catorce desde la cautividad de Babilonia hasta Cristo *(Mateo,* 1,17).

[5] Según Mateo (14, 13-21), Marcos (6, 38-44), Lucas (9, 13-17) y Juan (6, 9-13) fueron cinco mil los invitados que comieron de los "cinco panes y dos peces", y sólo en una segunda multiplicación citada por Mateo y Marcos se habla de cuatro mil, "sin contar las mujeres y los niños, alimentados con siete panes y algunos pececillos (Mateo 15, 32-38, Marcos 8, 5-9).

que fueron ciento cuarenta y cuatro mil las personas que recibieron en su frente el sello de Dios^, o que el Pagano conocía bien el valor del cuatro cuando mandó custodiar al apóstol en prisión por cuatro grupos de cuatro soldados — quatuor quaternionibus[7] -, y no menos sorprendente es la presencia del cuatro en las dicciones latinas que debe conocer el estudioso, nada menos que cuatro mil cuatrocientas ochenta[8] y cuatro.

Si todavía hubiera dudas, baste recordar que forman el cuatro o éste puede dividirse en la *unidad* de la Esencia de Dios y la *trinidad* de las Personas, o en la repetición del *dos:* dos Testamentos, dos mandamientos (amar a Dios y al prójimo), dos hermanas en el Nuevo Testamento (Marta y María) y dos en el Viejo (las hijas de Labán y esposas de Jacob: Lía y Raquel); el binario formado por el cuerpo y el alma que deben adaptarse a los dos mundos existentes, el actual y el eterno, lo que refuerza la idea antes expresada: que el *cuatro* está por encima de los demás números, que al cuatro se refieren, como se ha explicado en las palabras iniciales del prólogo, los elementos, los climas, los ríos, los evangelios, la forma de templos y edificios, mesas y medidas. Saludemos, pues, al *cuatro* como "el más firme y estable de los números, el más utilizado y necesario, sacratísimo, hermoso y, finalmente, el número de los números".

Un testimonio adicional ofrece Platón, el más sabio de los griegos, que en el prólogo del *Timeo* parece olvidar o minusvalorar todos los demás números, y testimonio nada despreciable ofrece el texto de Diego García donde los verbos o los sustantivos se encadenan de cuatro en cuatro o en dos grupos de dos para negar que haya en sus palabras insolente presunción o insolencia presuntiva cuando afirma que el filósofo "busca para encontrar, pide para recibir, llama para que se le abra, desea para conseguir" y que su papel, el de Diego, es más "el de encontrado que el de buscador, el de recibido que el de receptor, el de abierto que el de abridor, el de tenido que el de tenedor" o que de su obra están ausentes el mordisco, la malevolencia, la envidia, y la lengua viperina; que su audacia no es jactancia y no ha de relacionarse con la presunción sino con la religión, no con la emulación sino con la fe, no con la arrogancia sino con la Iglesia, no con la filosofía sino con la Sagrada Escritura, que es, al fin y al cabo, la fuente de todo conocimiento pues aunque los filósofos fueron sabios más saben, por su fe, los simples católicos; los antiguos ignoraron muchas cosas que conocen los modernos; mucho desconocen los gentiles que conocen los fieles, y entrando en comparaciones más sabe Orígenes de la naturaleza de los demonios que Sócrates, más Agustín de la naturaleza de las cosas que Aristóteles, más Gregorio que Platón de la naturaleza de los planetas; más Pablo que Virgilio de la naturaleza del firmamento, y todos y cada uno ratifican la excelencia del número cuatro con el que Diego García de Campos inicia la epístola dirigida al arzobispo toledano. Tan largo y farragoso prefacio sobre el *cuatro* era tan necesario como el pavimento al palacio, la basa a la columna, el lecho al señor o la mesa al pan, y convencido de esta realidad el autor carga sobre sus hombros el cuádruple trabajo de explicar *a quién, cuando, por qué* y *de qué* escribe, explicaciones de las que ahora sólo podemos prestar atención a la primera.

A quién escribe

La respuesta a la primera pregunta es una cuaternaria e inacabable loa del arzobispo toledano más próxima a la adulación exagerada que a la verdad, aunque el autor lo niegue[9]; Diego García de Campos se dirige al arzobispo como a señor, prelado, discreto y erudito: *Señor,* por

---

[6] *Apocalipsis,* 7, 4.8.

[7] Se refiere, sin duda, a la prisión de Pedro narrada en *Hechos de los apóstoles* (12, 4). El Pagano, "ille hethicus", no es otro que Herodes.

[8] Ochenta equivale a cuatro veces veinte.

9 "Lejos de mí la adulación, sean relegados los afeites, ruborícese la mentira lisonjera, ensordezca el óleo del pecador".

justicia en lo temporal, *con piedad, sin temor, poderosísimo y afable en* su dominio; *Prelado* por prudencia en lo espiritual, *con caridad, sin rencor, clarísimo y tratable* en su prelacia; *Discreto* por naturaleza, *en las costumbres, con verdad, sin envidia, discretísimo y alegre* en su discreción; *Erudito* por doctrina en letras y en la naturaleza, *con santidad, sin error, sapientísimo y agradable* en su erudición.

Con tales virtudes, puede afirmarse que el arzobispo iguala o supera a muchos príncipes por su *poder,* a innumerables patriarcas por su *erudición,* a los filósofos más profundos por su *capacidad de inquirir y* a los teólogos más famosos por su *investigación,* y puede sostener la comparación, ventajosamente, con el patriarca de Antioquía por su *dominio,* con el de Constantinopla por su *prelacia,* con Ambrosio por su *discreción* y con el perspicaz Agustín por su *erudición.* Puede afirmarse que en Rodrigo se ha hecho realidad la petición hecha por el apóstol en favor de los efesios[10] y ha recibido de Dios el poder, la prelacia, la discreción y la erudición y ha sabido adornar estos dones: el poder con nobleza, la prelacia con honestidad, la discreción con modestia, la erudición con estudiosa vigilancia hasta el punto de que el autor se confiesa incapaz de explicar cuánto debe el poder a la nobleza, la prelacia a la honestidad, la discreción a la modestia o la erudición al estudio.

El ditirambo elevado a la cuarta potencia continúa a lo largo de los folios 3v.-12r en los que Rodrigo aparece adornado con larga liberalidad o con largueza liberal tan fuera de lo normal que ni hay precedentes ni pueden ser imitadas y ni siquiera podrían reflejarla tratadores egregios de la liberalidad como Marco Tulio, Anneo Séneca, Ambrosio de Milán o Gregorio el Grande en sus libros *De oficiis cum Retorica* (Cicerón), *De beneficiis cum libro de Clemencia* (Séneca), *De officiis* (Ambrosio)[11] y *Morales* (Gregorio)[12]. Ante tal largueza palidecen las alabanzas dedicadas a la generosidad de Alejandro Magno que más que generoso y liberal fue manirroto, disoluto, difuso y confuso pródigo y no mereció el calificativo de generoso liberal, conclusión a la que se puede llegar leyendo las historias de Valerio Máximo y Quinto Curcio tan excesivamente laudatorias que ocultan la verdad y se convierten en adulatorias, reflexiones que permiten a Diego García incluir entre los pecadores a los que manipulan la realidad, a los que se conoce como lisonjeadores, acogedores de rumores, calculadores, aduladores, maquinadores, destiladores, adornadores, halagadores, enturbiadores, murmuradores, pintureros, ultrajadores, arregladores, pulimentadores, manipuladores y hacedores de palabras, multilingües y engrasadores o aceitadores de la realidad.

Diego García no incurre en estos defectos cuando alaba a quien supera a Cicerón en facundia, a Séneca en doctrina, a Ambrosio en liberalidad y a Gregorio Magno en piedad; a quien no tiene superior en mérito entre los antiguos, no hay cátedra a la que no pueda ascender, forma que no pueda vestir ni aureola de la que no sea acreedor; a quien divide la capa con Martín, ayuna con Nicolás, reza con Gil y ataca a los herejes con Calixto; a quien vigila con Antonio, peregrina con Macario, es tentado con el eremita Pablo y resiste con Benito; es paciente con Silvestre, compasivo con Teodoro, continente con Lupo y abstinente con Germano; discute con el alejandrino Orígenes, golpea con Alcuino, sacude con Hilario y traduce con el letrado Jerónimo; expone con Beda, opone con Agustín, compone con Rábano y dispone con el sevillano Isidoro; predica con Ambrosio, dogmatiza con Gregorio, se humilla con Paulino y persevera con Próspero, *alabanzas* que se quedan cortas como bien puede comprobar el lector solícito, diligente, perspicaz y sutil.

---

[10] Parece referirse a la petición de San Pablo incluida en la primera parte de la carta a los efesios: "No ceso de dar gracias por vosotros y de hacer de vosotros memoria en mis oraciones para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo y Padre de la gloria os conceda espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, iluminando los ojos de vuestro corazón" {*Efesios* 1, 16-18).

[11] Diego García cree que este libro debe más a Cicerón que a Séneca.

[12] Su obra está tan llena de regalos como los prados de flores, la India de gemas, Hispania de oro, el cielo de estrellas.

Rodrigo está adornado con todas las virtudes: tiene la fe de Abraham, la esperanza de Isaac, la diligencia de Jacob, la justicia de Moisés, la prudencia de Noé, la templanza de David y la fortaleza de Job[13], y está especialmente preparado para el combate con los enemigos de la fe: lucha como Macabeo, ataca como Joab, expugna como Gedeón, hiere como Aioth, mata como Fineas, incendia como Josué, vence como Abraham, saquea como Benjamín y divide competentemente el botín como David.

Si los mayores no están a su altura, mucho menos los menores: ¿qué puede tomar el milano donde no llega el águila?; ¿cómo puede brillar el cuervo allí donde no resplandece el color blanco?... "Ignoro cómo puede pelear Midas donde Hércules huye, teme o sucumbe; cómo juzgará Midas donde Catón y Salomón no se atreven; cómo declamará Polifemo donde el retórico Quintiliano nada dice".

Puede encontrarse a Rodrigo en el estudio, interpretando con los setenta y dos, filosofando con Platón, disputando con Aristóteles, consolando con Boecio, celebrando las nupcias entre Mercurio y la Filología con Marciano, soñando con Macrobio, discutiendo sobre historia de Grecia con Quinto Curcio, de la romana con Tito Livio, de la hispana con Orosio; se le encuentra buscando las maravillas del mundo con Solino, con Plinio los climas de la tierra, con Mercurio los templos y palacios, con Paladio los secretos de las cosas; o hablando de Alejandro según Valerio Máximo, de Ulises y Néstor según el filósofo cretense, de Carlomagno según Alcuino, de Arturo según Rábano, de Rómulo y Remo según Eutropio, de Mahoma según Kandes, de Ricardo según Merlín; puede encontrársele tratando con Macrobio de las saturnales, con Valerio de las bellezas antiguas y de bromas agradables o con Enodio y Sidonio en juegos y bromas mordaces. Es experto igualmente y puede hablar de Mercurio Trimegisto, del filósofo Udaspi, del rey africano Albidamor o del Profeta Daniel; coincide con Jacob en las bendiciones, con Paulo en las epístolas, con Juan en el Apocalipsis, con el Señor en el evangelio y es capaz de disputar con el mártir Metodio sobre los tiempos del anticristo y el fin de los tiempos, con Casiodoro sobre el alma, sobre la fisonomía con Neptanobo o sobre poliercética con Vegecio, de los vicios de los Césares con Suetonio, de lo diverso y de lo adverso con Agelio, de los rudimentos de la obra nueva con el doctrinal Servio.

A pesar de la diversidad de creencias y de tiempos le hablan Crates y Eucrates, Sócrates y Xenócrates, Arquímedes y Euménides, Parménides y Parmenio, Meónides y Meonio, Marcial y Marciano, Aristarco y Nicómaco, Asclepiades y Empédocles, Efístides y Pitágoras, Parrasio y Apeles, Diógenes y Demócrito, Apuleyo y Asclepio, Loxo y Macrobio, Solón y Draco, Lucilio Balbo y su adversario Chota, Galba y Scévola, Nonio Marcelo y Flavio Lactancio, Catón y Salustio, Anneo y Tulio, el estoico y el peripatético y, aunque más raramente, con Epicuro. Le hablan Teofrasto y Demóstenes, Orfeo y Esculapio, Esquines y Perdicax, Perdix y Eufrates, Atlas y Ventrubio, Crisipo y Teto, Euclides y Tales, Fabio y Apio, Tíbulo y Virgilio, Quintiliano el más sutil de los hispanos, el griego Palamedes y el romano Lelio[14]; cuando se trata del cuidado del cuerpo puede equipararse a Hipócrates y Galeno, Constantino y Teófilo, Almanzor e Isaac y el gran Avicena. Si se trata de asuntos legales, pregunta con Juliano, requiere con Paulo Emilio, adquiere con Modestino, investiga con Africano, inquiere con Scévola, discierne con Papiniano e indaga con el discreto Ulpiano y si llega el caso puede dudar con Pomponio o compilar cánones

---

[13] Las siete virtudes podrían llevar a otras comparaciones que Diego García pasa en silencio para no pasar del cuaternario al septenario; por esto no habla de los siete carismas de la gracia septiforme, de las siete obras de mise ricordia, de las siete virtudes cardinales, las siete peticiones contenidas en la oración dominical, las siete beatitudes, los siete sacramentos...

[14] De Palamedes se recuerda que alternaba el combate en Troya con el juego del ajedrez, en el que destacan los árabes, y de Gayo Lelio se rememoran los hechos y dichos agradables narrados por su yerno Mucio Scévola. Seguidores o discípulos de Gayo en la elegancia y belleza de las palabras son los galos y los hispanos aunque los primeros se preocupan más por llegar a un compendio armonioso y los segundos son considerados maestros en los juegos de palabras.

con Graciano o decretales con Inocencio. Para él no tienen secretos las siete artes liberales, los poetas preocupados por la medida ni los filósofos menores, conocimientos, propiedades y características que difícilmente son aplicables a una persona, aunque se trate de alguien tan importante como Rodrigo Jiménez de Rada, pero que ños permiten conocer la cultura, la información al menos, de Diego García de Campos en el mundo bíblico y patnstíco, filosófico, literario e histórico.

A sus conocimientos añade el arzobispo lo que podríamos llamar virtudes sociales: sabe cómo comportarse en todo tiempo y lugar de acuerdo con los méritos de cada cual: a unos recibe en palacio, a otros en la alcoba, a unos en el aula y a otros en la cámara, a unos para tener cuidado de ellos y a otros para aconsejarles, sostenerlos o protegerlos; a todos compadece, con ninguno es impaciente, es justo con los otros y oneroso para los neutros. Domina la Teología como nadie y no está por detrás de Plinio en cosmografía, de Solino en topografía, de Isidoro en cronología, de Esdras en el conocimiento de la Biblia. Domina todas las lenguas y destacan en él la naturaleza, la doctrina y la fortuna por lo que pueden aplicársele las palabras dirigidas por Tulio a Augusto: "Nada tiene tu naturaleza mejor que desear, nada tiene tu doctrina más hermoso que saber, nada mayor tiene tu fortuna que poder compadecerse de quienes suplican".

Las alabanzas se extienden a la mesa del arzobispo descrita con un juego de palabras no siempre traducibles, pero capaces de explicar, dentro de su excesiva retórica, qué se valora en la mesa de comienzos del siglo XIII teniendo siempre en cuenta cuatro realidades: *qué, para quién, cuándo y por qué* se invita y se sirve en la mesa; en cualquier caso, la mesa del arzobispo "se pone tempestivamente, se dispone con artificio, se prepone honestamente, se pospone elegantemente, se interpone artísticamente, se compone opíparamente, se *apone* alegremente, se dispone discretamente y se repone modestamente en lugar y tiempo competente". Los comensales encuentran en ellas "decoro en los asientos, candor en los lienzos, esplendor en los platos, y *nitor* (brillo) en las copas; elegancia en las tortas, en los vinos afluencia, modestia en las oblaciones, cantidad en la comida; en las viandas abundancia, diversidad en los panes, variedad en las frutas, celeridad en los servidores, jocundidad en los sirvientes, taciturnidad atractiva en los comensales, serenidad graciosa en quien preside la mesa" en la que se exige respetó y decoro y no se permite la presencia "del detractor de las personas y de los tiempos, del burlador de los príncipes, del ensuciador de los pontífices, de quien no respeta el orden, del denigrador de los alimentos, del detractor de los ausentes, del "derísor" (el que se ríe) de los presentes, del imitador de gestos, del insidiador de las palabras, del cazador de sílabas y acentos...". Tampoco hay sitio en esta mesa para quien con ruidosas carcajadas y risas corrosivas mueve al juego; de ella están proscritas la bufonada que a nada conduce y la amarga mordacidad; sólo tienen cabida en ella personas serias reunidas para el recreo alegre; el fastidio ha de ser relegado y lejos de la mesa debe estar el sarcasmo que causa oprobio a los comensales.

La mesa del prelado no admite a quien pide y no ofrece, recibe y no da, toma y no restituye, expolia y no remunera, cambia y no entrega, charla y no habla, mira y no ve; esta mesa no es para quien da preferencia a las cosas ridiculas sobre las agradables, acusa y no corrige, reprende y no aprecia, se burla y no admira, ríe y no sonríe, se impacienta y no compadece, remuerde y no se conduele, pregunta y no escucha^.

---

[15] Sigue una amplia consideración sobre la ingratitud y sobre el ingrato que no se cree obligado a reconocer el beneficio recibido: si es reciente no lo reconocen, si antiguo lo olvidan; si das pronto se ríen de ti, si tarde se entristecen, si tardas algo más pierdes al amigo y si no das se ofenden. Quien recibe el beneficio actúa indiscretamente: si recibe pronto manifiesta excesiva alegría, si tarde la falta de interés se refleja en su rostro, y si no recibe, la furia y el furor son sus modales. ¿Puede encontrarse alguien más impúdico, ambicioso, charlatán o ingrato que quien es gárrulo a la hora de pedir, rápido a la de recibir, pedigüeño para solicitar y olvidadizo para devolver?. Es pródigo en palabras y escaso en hechos; opulento en aquéllas, vacío en éstos; en aquéllas fecunda, estéril en éstos... o para

La continuación de las alabanzas nos lleva a un paseo por la geografía europea y por las características de los distintos pueblos que la habitan pues Rodrigo "enmienda y comenda a los gallegos en el tono, a los leoneses en la elocuencia, a los de Campos en la mesa, a los castellanos en la batalla, a los serranos en la dureza, a los aragoneses en la constancia, a los catalanes en la alegría, a los navarros en el canto, a los narbonenses en la miniatura. Enmienda y comanda a los bretones en los instrumentos, a los provenzales en el ritmo, a los turonenses en el verso, a los vascones en los trayectos, a los normandos en las amistades, a los francos en valor, a los anglos en calidez, a los alemanes en fidelidad, a los polacos en serenidad. Enmienda y comanda a los escoceses en el estudio, a los irlandeses en el habla, a los dacios en el baño, a los bohemios en la frialdad, a los flamencos en aprendizaje, a los de Campania en el combate, a los de Volturno en hospitalidad, a los húngaros en el asalto, a los borgoñones en la caza, a los rutenos en peregrinación, a los venecianos en navegación, a los lombardos en deliberación. Enmienda y comanda a los romanos en poder, a los tusculanos en alegría, a los sicilianos en gravedad, a los griegos en madurez, a los de Apulia en fertilidad, a los sirios en santidad, a los asiáticos en astucia, a los etíopes en piedad, a los indios en caridad.

Tras este paseo por los países del mundo conocido, pasa revista Diego García a las universidades del momento y a los centros clásicos del saber para recordar que Rodrigo supera "a los parisinos en teología, a los bolonios en justicia, a los salernitanos en física, a los atenienses en filosofía, a los priscianistas en gramática, a los aristotélicos en dialéctica, a los ciceronianos en retórica, a los discípulos de Marciano en geometría, a los seguidores de Nicómaco en aritmética, a los de Miguel en música, a los platónicos en astronomía" y dentro del campo de las ciencias mágicas, supera a "los árabes en geomancia, a los medos en hidromancia, a los indios en erimancia, a los caldeos en piromancia, a los egipcios en quiromancia, a los babilónicos en nigromancia".

La fama de tan excelso personaje se extiende por los cuatro climas del mundo llevada por los cuatro vientos, cuyo número recuerdan las cuatro sílabas que componen el nombre del arzobispo, Ro-de-ri-cus, y simbolizan los cuatro ángulos de la ciudad celeste, las cuatro virtudes principales o, con más propiedad, la fe, la esperanza, la caridad y la acción: "es robusto en la fe, longánimo en la esperanza, amplio en la caridad, eficaz y atento en las obras".

Al nombre del toledano, un solo nombre de cuatro sílabas y nueve letras, pueden encontrarse innúmeros significados en los que Diego no quiere entrar por lo que calla cuanto podría decir sobre la unidad del nombre y la unidad de Dios, de la fe o del bautismo - *un solo nombre* -, sobre los cuatro evangelios y las cuatro virtudes - *cuatro sílabas* - o sobre los nueve órdenes de ángeles - *nueve letras*-, pero no puede callar y no dejará de decir que "por los ángeles se llega a las virtudes y por éstas al palacio divino como por una escala angélica". También nos recordará que tres de las sílabas que forman el nombre del arzobispo tienen dos letras como dos son los Testamentos que por tres tiempos nos enseñan e informan en la fe de la Trinidad; la cuarta sílaba tiene tres letras, y tres más cuatro hacen siete que es como el señor de los números, a pesar de cuanto hasta ahora ha dicho sobre la supremacía del número cuatro. Empieza el nombre del arzobispo, además, con la sílaba *Ro,* con la que comienzan Roma y Rómulo: para señalar que tras Roma y Rómulo o el Romano Pontífice nadie es superior a él.

Señala, por último Diego García, que el nombre del arzobispo, más gótico o teutónico que hispano[16], recuerda la historia de Hispania devastada por continuas guerras civiles pues de todos es sabido que ningún extranjero la ha ocupado nunca aunque han sido muchos los que por ella pasaron dejando como recuerdo nombres romanos, galos, teutónicos, góticos, griegos,

---

decirlo brevemente: "eficiente en los dichos, deficiente en los hechos, superfluo en todo, seguro en nada y en todo inoportuno" como prueban las oportunas citas de Salomón, Séneca. Sidonio Apolinar, David, el poeta Claudiano o San Pablo con el que se afirma que "mejor es dar que recibir".

[16] Al hablar de las lenguas que domina Rodrigo ha indicado que su lengua materna es el teutónico: "es erudito en casi todas las lenguas humanas y si se habla teutónicamente jura que él habla teutónico maternalmente".

o árabes, o de pueblos bárbaros como los que dieron origen al nombre de Rodrigo que quiere decir tanto como "reino rubio", significado que sólo retiene para recordar que en tiempos de un Rodrigo, el último de los monarcas visigodos, el reino se tiñó de rojo con la sangre de los cristianos, y en tiempos de otro Rodrigo, el arzobispo, el color rojo lo pone la sangre de los gentiles: "lo que en el tiempo del rey Rodrigo se perdió lamentablemente, en el tiempo del obispo Rodrigo ha sido gloriosamente restaurado", palabras con las que Diego termina el ditirambo y pone fin a la primera de las cuatro partes que quería explicar: *a quién escribe*, al arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada del que puede verse, en las páginas finales del prólogo cuadriforme, una nueva alabanza destinada a señalar, con falsa o auténtica modestia, el contraste entre el autor y el arzobispo: pequeño el primero, grande el segundo, discípulo uno y maestro el otro, autor de la obra Diego, lector Rodrigo del que se espera opinión y al que se pide clemencia suplicando humilde e insistentemente que no le preocupe la anormal longitud del prólogo, excesivamente amplio si se tienen en cuenta la importancia y los méritos del autor, e insuficiente para la grandeza del arzobispo.

Que considere el arzobispo su obra discreta y digna espera el autor, cuya posición definen ejemplos ilustres: a la dignidad más que a la discreción concedía importancia Tulio cuando escribía a Julio, Virgilio a Augusto, Horacio a Mecenas, Ovidio a Germánico; más preocupaba la discreción que la dignidad a Séneca cuando escribía a Paulo, Sidonio a Claudiano, Alcuino a Rábano, Paulino a Agustín con su Teresa; y dignidad y discreción se aunan en los escritos de Jerónimo a Dámaso, de Leandro a Gregorio, de Bernardo de Claraval a Eugenio, y discreción y dignidad se espera en los escritos de Diego Hispano a Rodrigo, cuya fama no aumentará el prólogo pues de él puede decirse que existe como Paulo sin Séneca, Augusto sin Virgilio, Mecenas sin Horacio, Germánico sin Ovidio, Rábano sin Alcuino, Agustín sin Paulino, Dámaso sin Jerónimo, Gregorio sin Leandro, Eugenio sin Bernardo o el gran Ambrosio sin el prudentísimo Agustín.

Tras estas ditirámbicas alabanzas se explica que el autor pida al arzobispo que tome en su mano derecha el pincel y la pluma, tache, corrija y suprima, señale los errores con asteriscos y llamadas de atención, trabajo por el que, en una última referencia cuadriforme, el autor pide

> Que Cristo, Dios de la naturaleza, del poder, de la gracia y de la gloria al que se humilla la naturaleza y sirve el poder, que administra la gracia y en quien radica la gloria, conserve a vos [Rodrigo] la naturaleza, amplíe el poder, administre la gracia y conceda la gloría sempiterna,

palabras con las que finaliza el prólogo del *Planeta* dedicado por Diego García de Campos a Rodrigo, arzobispo de Toledo, que también tiene algo qué decir respecto al cuatro: el prólogo que se le ofrece destaca, como no podía ser menos, por cuatro características: la solidez de la ciencia, la autoridad de los ejemplos de los santos padres, la profundidad de las sentencias de los filósofos y la caridad en la dedicatoria; sobresale su estilo retóricamente coloreado, fortalecido por las autoridades de la teología, reforzado por los nombres de los santos y por las flores de los filósofos, lo que garantiza la bondad del estudio que se ofrece, del que no podemos ocuparnos en este artículo en el que tampoco hay sitio para explicar *cuándo, por qué y sobre qué* escribe Diego García de Campos[17].

---

[17] A la vista de las exageraciones incluidas en la loa de Rodrigo Jiménez de Rada no es posible dar fe a los datos con los que define Diego García la época en la que le ha tocado vivir, pero no estará de más recordar alguna de sus afirmaciones: tras decir que escribe en el año de la Encarnación de 1218 aclara que escribe cuando, según el apóstol, ha llegado - ojalá sea así - el fin de los tiempos, cuando se ha enfriado la caridad, si alguna quedaba; cuando los hombres se aman a sí mismos y ni aman ni por nadie son amados, cuando las siete virtudes están como rosas y lirios marchitos y los siete vicios reverdecen..., cuando la bondad no es buena ni el mal está mal considerado, cuando universalmente el bien está minusvalorado y el mal se alza y crece.